



LA ILUSTRACION BÉTICA

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

PRECIOS DE SUSCRICION

	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Sevilla.	48 reales.	26 reales.	14 reales.
Fuera.	52 id.	28 id.	15 id.
Extranjero.	62 id.	33 id.	18 id.

AÑO I.—NUM. XIII

PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA

Sevilla, 1.º de Octubre de 1881.

PRECIOS DE SUSCRICION

	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto Rico.	72 reales.	38 reales.
Filipinas.	80 id.	44 id.
Méjico y Rio de la Plata.	80 id.	44 id.

ESTUDIOS LITERARIOS

SOBRE

GÓNGORA Y EL CULTERANISMO

(Continuacion.)

Conocidos son los dulcísimos y delicados conceptos del soneto que comienza:

«La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado, etc.»

No ménos digno de mencion el grandioso pensamiento que compite con el tan tristemente celebrado de Lucrecio.—*Primus in orbe Deos fecit timor.*

«Mudo mil veces yo, la deidad niego,
No el esplendor á tu materia dura:
Ídolos á los troncos, la escultura,
Dioses hace á los ídolos el ruego.»

No ménos notable la pintura de aquella

«Infame turba de nocturnas aves
Gimiendo tristes y volando graves.»

La descripcion de Galatea enamorada de Acis áun antes de conocerlo,

«Llamáralo, aunque muda, mas no sabe
El nombre articular que más quera,
Ni lo ha visto, si bien pincel suave
Lo ha dibujado ya en su fantasía.

Ó el canto de Polifemo;

¡Ó bella Galatea, más suave
Que los claveles que tronchó la aurora,
Blanca más que la pluma de aquel ave
Que dulce muere y en las aguas mora.»

Y muchos otros que pudiéramos aducir, entresacados la mayor parte de sus más embrolladas y laberínticas composiciones.

Parece increíble que junto á los trozos citados y en las mismas composiciones se encuentren octavas como la de

«Salamandra del sol vestido estrellas
Saliendo el can del cielo estaba cuando
Polvo el cabello, húmidas centellas
Si no ardientes aljófares sudando, etc.»

y otras mucho más disparadas y extravagantes.

Dejando á un lado esta digresion, es lo cierto que la primera semilla del que despues se convino en llamar culteranismo, se encuentra áun en los mismos modelos que nuestros primeros innovadores literarios se propusieron imitar con ferviente entusiasmo y adhesion, y hasta el mismo Petrarca, en el testimonio nó sospechoso de C. Cantú, ofrece más de un ejemplo de pasajes alambicados y antítesis de palabra y de sentido, que sus imitadores en Italia tuvieron muy á la vista para disculpar sus defectos y exagerarlos.

Al mismo tiempo que se procuraba, como insinúa el citado historiador, la imitacion fiel y exacta de los modelos italianos, se traducian con especial predileccion las obras maestras de las antiguas literaturas; y así como fué la mitología inagotable fuente de bellezas para las artes de la antigüedad, quiso beber en ella una inspiracion extemporánea é inapropiada de todo punto á una sociedad de tan distintas bases y organizacion.

De aquí lo convencional y arbitrario, siempre re-

pulsivo al sentimiento popular, que no pudo apreciar nunca los atractivos que encerraban afectos y sentimientos, de ordinario más pensados que sentidos.

Como la humanidad en su marcha no abandona una direccion intelectual sin haber agotado sus últimas consecuencias, haciendo en estas como en todas las esferas de la vida, fecundas pero dolorosas experiencias, el movimiento que los iniciadores emprendieron no se mantuvo en los límites señalados y aparece, casi simultáneamente, otra tendencia, que ya no pretende elevarse por medio de la imitacion clásica, sino que quiere hacer consistir el mérito en la oscuridad, en la rebuscada profundidad del concepto, en el artificio de la frase, para decirlo de una vez, en todo lo que se separa de los senderos de la naturalidad y del buen gusto. Muy raros y contados han sido los genios que han podido superar las corrientes de su siglo, y admiráranos hoy que las más medianas inteligencias y el más vulgar buen sentido juzguen y reconozcan todo lo que habia de repugnante y detestable en el gusto culterano, que hizo, sin embargo, las delicias, hasta de los genios privilegiados de aquel período.

Secretos inescrutables de la Providencia son, quizás, estos para no precipitar los acontecimientos y la marcha de la humanidad; pero es curioso de observar cómo cada período ofrece los elementos de vida necesarios para las generaciones que en él se desarrollan y viven, y cómo la atmósfera intelectual de una época envuelve á todas las inteligencias de su tiempo, sin haber alguna que más ó ménos marcadamente deje de revelar su accion y su influencia.

Como quiera que ello sea, es lo cierto que en el período ántes señalado se insinúan los gérmenes de este depravado gusto literario; que el mismo Garcilaso, como Petrarca, segun el ántes citado escritor, deja percibir en algunas de sus obras, sensibles desviaciones de la espontaneidad y frescura, con que se ofrecia la inspiracion nacional. Como prueba de la generalizacion y difusion de estas corrientes, dominantes en toda Europa, con los nombres de Juan de Mena, Padilla el Cartujano, Carrillo y muchos otros en nuestra patria, coinciden en los primeros albores de esta torcida direccion del buen gusto los nombres ilustres de Italia ya citados y los de Jerónimo Bretonio, Curcio Gonzaga y hasta el mismo Ariosto, que algo deja sentir de esta perniciosa influencia. Marini, sobre todos los poetas italianos citados, con Góngora, de quien sólo lo separan siete años en la fecha de su nacimiento, aparecen á la posteridad como los tipos del gusto del siglo XVII, sin que pueda señalárseles, sin embargo, como los descubridores de este nuevo mundo, que tuvo otros Colones, aunque al eminente poeta cordobés le hubiera alcanzado el triste privilegio de darle su nombre.

Cierto es que él puso su inmenso genio á servicio de esta nueva direccion literaria, ejerciendo una poderosa influencia, que siempre alcanzó sobre la turbamulta de inteligencias inferiores, imitadora de sus extravíos más bien que de sus indisputables bellezas.

Contrayéndonos ahora más señaladamente á nuestra España, suponen algunos, inmediatos autores de estas innovaciones, ya al D. Diego de Saavedra Fajardo, que fué más bien posterior á nuestro Góngora; otros al mismo Mariana y Cervantes; el uno por su afectado estilo y artificiosas arengas, y el otro por los frecuentes latinismos de su *Galatea*, y por haber incurrido en giros inversos y oscuros en su *Pérsiles y Segismunda*. Esta opinion no merece ser refuta-

da, pues las condiciones literarias de cada uno de estos ilustres ingenios en nada se asemejan á las de los cultos.

Otros, con algun más fundamento, á D. Luis Carrillo y Sotomayor, también poeta cordobés, y á algunos otros sus contemporáneos; pero para no ser prolijos, en nuestra humilde opinion, á quien corresponde señalar como el más caracterizado agente de este movimiento literario en nuestra patria, coincidiendo con el dictámen de un reputado crítico, es Alonso de Ledesma, que en sus *Conceptos espirituales* llevó la exageracion y artificio hasta un punto inconcebible. Contribuyen poderosamente á esta direccion los escritores conceptistas, con especialidad los místicos, que figuran en primer lugar entre aquéllos, sin que por esto la influencia del conceptismo deje también de ofrecer vestigios áun en los más renombrados escritores de nuestro siglo de oro.

(Se continuará.)

ELOY GARCÍA Y VALERO

LAS DOS SOBERANAS

(FANTASÍA)

Cuéntase que al comenzar el presente siglo, llegaron un día ante la Justicia dos jóvenes que iban con el objeto de saber cuál de ellas tenía más derecho á ser aclamada como reina de las almas nobles, y protectora de los desvalidos.

Ambas eran bellas, y tan semejantes entre sí, que las personas poco observadoras las confundian, y acaso no hubieran sabido distinguir las. Sin embargo, miradas con detenimiento se advertia que mediaba entre ellas bastante diferencia, principalmente en el aire, siendo tímido y modesto el de la una, y arrogante y altivo el de la otra. Vestia la primera una larga túnica de humilde lana, más blanca que la nieve; de igual género y color era el prolongado manto que velaba sus gallardas formas, cubriendo también su graciosa cabeza, en la que no aparecia ni el menor adorno.

La única insignia que ostentaba, cual magnífica joya, era una gran cruz de madera, que oprimia con su diestro brazo y sostenia en su hombro.

La segunda vestia de un modo enteramente distinto; su traje era de tisú de oro, su manto de escarlata forrado de piel de armiño, y en sus brazos, cuello y cabeza ostentaba las más deslumbrantes joyas. En las manos llevaba una trompeta de plata, con la cual solia anunciar su presencia por todas partes.

El nombre de la primera era Caridad, el de la segunda Beneficencia. Ambas llegaban conducidas por la Verdad.

La Verdad es una hermosa y digna matrona que bajó del cielo y vive entre los hombres, por más que lo contrario se diga, y que donde quiera es contemplada con respeto, áun por aquellos que más afectan despreciarla.

Ésta, encargada de hacer valer los derechos de las jóvenes, dijo apenas se halló en presencia de la Justicia:

—Hé aquí, noble, severa y poderosa deidad; hé aquí dos hermosas doncellas, una de las cuales

está llamada á reinar entre las almas nobles en el siglo presente. Si tan bellas, si tan dignas son ámbas ¿á cuál deberemos elegir?

Inclinóse la Justicia á contemplarlas y dijo, hallando que en efecto tan gallarda y apacible era la una como la otra:

—No sólo su presencia debe cautivarnos: sepamos cuáles son sus obras; ellas nos decidirán, y nuestra eleccion será justa. Acércate, casta y modesta Caridad. ¿Cuál es tu mision en la tierra? ¿Cuáles son tus acciones?

Aproximóse la Caridad con lento paso, alzó la frente, mas inclinóla de nuevo ruborizada; abrió sus labios para hablar, pero contemplando que tenía que hacer la apología de sí misma, heláronse sus palabras y enmudeció. Acostumbrada la Caridad á ocuparse sólo del bien de los demás, pocas veces ó nunca lo hace de sí misma; uno de los encantos que más la avaloran es la modestia.

Habló entónces la Verdad por ella, exclamando con su seguro acento:

—Esta hermosa doncella ejerce las obras de misericordia, favorece sin cesar á los infelices, y lo hace de tal modo, que su mano siniestra ignora los beneficios que fecunda y pródiga derrama su diestra. Además, ni se ensoberbece ni piensa mal del prójimo; á los presentes halaga, defiende á los ausentes. En ella se ve la cifra de todas las virtudes, y para comprender lo que es, basta decir que descendió del cielo, que de *Dios emana, y que Dios mismo es caridad*.

La Justicia contempló con benévola sonrisa á la tímida jóven, dirigiendo á continuacion una mirada á la Beneficencia, como estimulándola á que hablase. Ésta no aguardó á que la Verdad lo hiciese por ella: acercóse firme y majestuosa, exclamando con acento seguro:

—Augusta matrona, mis hechos deben serte bien conocidos, puesto que la fama los publica por todo el orbe; mas si deseas que te los repita, diré que practico las mismas obras que la Caridad y que voy más adelante, pues busco sin cesar medios para que nunca falten auxilios á los necesitados. Al sonido de esta mágica bocina convoco á los más nobles seres, que, guiados por mí, se levantan y hacen frente á cuantas desgracias se presentan, ahuyentando sin cesar la desnudez y el hambre de la mansion de los menesterosos. ¿Qué más se puede hacer en el mundo?

Absorta y muda quedó la Justicia; mas en breve murmuró, atrayendo hácia sí á las dos contendientes:

—Aun me queda otro recurso para conocer cuál de vosotras es más digna.

Diciendo así tocólas con su vara, adquiriendo momentáneamente el pecho de las dos tal transparencia, que en el centro distinguíanse sus corazones tan patentemente como pudiera verse una flor dentro del más terso y limpio vaso de cristal.

El corazon de la Caridad era de oro coronado de llamas, y en él aparecia grabada con caracteres de fuego esta palabra: *Amor*.

El de la Beneficencia era de hierro, y decia con letras de bronce: *Orgullo*.

—¿Y pude—exclamó la Justicia—y pude dudar entre las dos? Vén, Caridad, casta doncella, hija del Cielo, vén á mi diestra; vén, que tú, sola tú, que todo lo haces inspirada por la llama del más puro amor, eres la que debe reinar en la tierra. ¿Qué te detiene? Tus derechos son indisputables, y al punto serás proclamada por la Verdad y por mí reina del mundo.

La Caridad sintió subir á su semblante, que se coloreó instantáneamente, una chispa del fuego divino que ardia en su corazon: sus ojos brillaron de un modo extraordinario; con un movimiento, que no fué dueña de reprimir, arrodillóse ante la Justicia, y abandonando su natural timidez, exclamó con palabras tanto más vehementes cuanto menos premeditadas eran:

—¡Oh, suprema deidad! ¡Oh, soberana matrona! ¿Qué dices? ¿Qué ordenas? ¡Revoca, revoca tu mandato en bien de la humanidad! Cada siglo tiene sus tendencias y sus aspiraciones: en el que hoy comienza se alzaré el lujo triunfante y respetado, se desejará en todas las cosas deslumbradoras apariencias, y con estas ideas ¿cómo mi voz podrá ser atendida? ¿Cómo será posible afirmar mi reinado? Los que cedan á la influencia de su tiempo me contemplarán con soberbio desden: acaso hasta los

más sensatos y buenos no podrán menos de calificar mi humilde apariencia y modesto atavío como de anacronismo: los mismos necesitados no escucharán mi voz ni recibirán mis dones con el afecto y entusiasmo que si me presentase á ellos vestida de oro y cubierta de diamantes. Revoca, pues, oh Justicia, tu decreto: éntre la Beneficencia á reinar en mi lugar; ella sabrá mejor que yo responder á las inclinaciones del siglo, y esparcir beneficios segun las exigencias de la época. Si mis consejos necesita, yo la inspiraré en secreto; si desea ir por mí autorizada, le prestaré mi manto.

Diciendo así desciñóselo la casta jóven, colocándolo en los hombros de la Beneficencia, que apareció mucho más hermosa bajo aquel cándido y misterioso velo.

—Pues tú lo quieres, sea, oh dulce, oh tímida vírgen, hija del cielo,—murmuró la Justicia.

Y fué en efecto. La Beneficencia reina desde entónces en el mundo: aunque adornada de brillantes joyas, preséntase siempre cubierta con el manto de la Caridad. Siguiendo en todo la marcha del siglo, anuncia y publica sus obras á són de trompeta, convoca reuniones, crea juntas y sociedades en bien del desvalido, pregona certámenes para premiar acciones virtuosas, y cediendo á las generales exigencias, alista bajo espléndido y lujoso estandarte á todo el que desea ejercitar las obras de misericordia, haciendo patentes sus nombres para estimular á los demás. Sagaz é ingeniosa, atrae á su rededor á las distinguidas y bellas damas, aprovechando en bien de los pobres, tanto los nobles y generosos sentimientos, ó la ternura y compasion de unas, como la necia vanidad que mueve á otras. Ella comprende que estas distintas aspiraciones, estas encontradas ideas pueden ofrecer el mismo resultado, y no las desatiende; las acata, puesto que redundan en beneficio de los menesterosos. Vése, en fin, que apesar del culto que sin cesar rinde al lujo, y de su constante anhelo de mostrar deslumbradoras apariencias, como su tema es el bien, todas sus acciones son siempre nobles y buenas. Por ella reinan el aseo, la abundancia y aun las más exquisitas comodidades en esas espaciosas mansiones donde el huérfano desvalido y el enfermo necesitado hallan apacible acogida. Bajo su influencia preséntase pocas veces en toda su descarnada desnudez la miseria en la choza del mendigo; ella sabe rechazarla, al mismo tiempo que se halla dispuesta siempre á hacer frente y vencer á la multitud de calamidades que las epidemias, el hambre ó las guerras pueden lanzar sobre los desdichados pueblos.

La Caridad, entretanto, no ha huido de la tierra; pero, léjos del tumulto del gran mundo, se complace en buscar su morada en los corazones más humildes y sencillos, desde donde admira y bendice á la Beneficencia, alentándola á veces en sus obras, muchas de las cuales son debidas á sus santas inspiraciones.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

NOCHE SERENA

(CONTEMPLACION)

¡Noche apacible! La naciente luna
Deja el cono de sombras de la tierra,
Y la brillante agrupacion del Norte
En su perpétuo círculo voltea.

El mar se duerme, como pueblo esclavo
Cansado de luchar con sus cadenas,
Y los ligeros paños de su sombra
Deja el monte caer en la arboleda.

Yo medito: mi espíritu incansable
Rompe el vaso fatal de la materia,
Y como leve aroma se derrama
En el vasto recinto de la esfera.

Escala el cielo, baja á los abismos,
En los centros recónditos penetra,
Y halla esas misteriosas relaciones
Que enlazan seres, orbes y sistemas.

Como esas tibias lámparas de plata,
Que en los templos humanos reverberan,
En el divino templo del espacio
Su claridad esparcen las estrellas;

Deslizándose en grupos infinitos
Hasta profundidades tan inmensas,
Que, fatigada el alma, si las sigue,
Tiene que reposar en una de ellas.

Los centros se suceden á los centros,
Un planeta se enlaza á otro planeta,
Y de la más oscura nebulosa
Ejércitos de soles se despliegan;

El globo desaparece ante mis ojos
Como cárcel mezquina y pasajera,
Que empequeñece al pensamiento humano
Y en sus estrechos límites lo encierra;

Abrazo el panorama gigantesco,
Atravieso las órbitas etéreas,
Y vago sin cesar de mundo en mundo
Como de flor en flor vaga la abeja.

¡Allí comprendo á Dios! Series de astros
Pregonan voltéando su existencia;
El cántico sonoro de sus ejes
Á palpar en mí laud empieza.

En el foco vivaz de esas antorchas
Arde de su poder la luz espléndida;
Y un punto reflejándose en mi alma
La inmensidad con sus destellos llena.

¿Á dónde están los hombres? ¿Qué se han hecho
Sus ciudades señoras y soberbias,
Salpicadas de torres y obeliscos
Y bordadas de alcázares y termas?

Allá, perdido en su region ignota,
El globo microscópico voltea,
En cuya cenagosa superficie
Orgullosos pululan y hormiguean;

Acaso se desploman sus ciudades,
Ó mueven ronco estrépito de guerra,
Disputándose un átomo de polvo
Que no vale la sangre que les cuesta;

Mas aunque traga el mar los continentes,
Y los imperios en el polvo ruedan,
La multitud brillante de los astros
Sigue, sin advertirlo, su carrera.

Si cerrándose un día los volcanes
Estallara la sólida corteza;
Si cumplido el presagio apocalíptico
No quedase ni rastro del planeta,

Los etéreos viajeros del espacio
En su tranquila ruta prosiguieran.
¡Qué sabe la incansable caravana
Si falta un grano en la llanura inmensa!

¡Ilusa humanidad! En vano alzas
Pirámides y cúpulas soberbias;
Al cabo llegarás á convencerte
De que sólo eres grande cuando piensas.

Huye del lodazal, imita al águila,
Que vive en lo más alto de la sierra....
¡Ya que puede el espíritu elevarse,
Por qué ha de encadenarlo la materia!

Tan sólo en el concierto de los mundos
Hay altas notas, rítmicas cadencias;
Tan sólo en este océano de luces
No faltará color á la paleta.

Aquí la paz, el orden, la armonía;
Dios parece tender su amiga diestra,
Armada aún con el compás de oro
Que separó la luz de las tinieblas.

Círculos, espirales infinitas,
Elipses que se buscan ó se alejan,
Forman extrañas redes prodigiosas
En las cuales se prenden los sistemas.

Aquí deben flotar los arquetipos
Á que se han de ajustar las existencias;
Aquí deben vivir todas las formas
Que engalanan el mundo de la idea.

Aquí vagan, sin duda, las imágenes
Que brotan en los sueños del poeta;
Esas hermosas vírgenes sin cuerpo
Que por ser intangibles son más bellas.

¿Y habré de descender al bajo mundo
Despues de recorrer estas esferas,
Con el alba que asoma tras el monte,
Con el rayo de sol que me despierta?

¿Y habré de abandonar estas regiones,
Fuentes de la verdad y de la ciencia,
En cuyo seno el alma se depura
Como el agua que pasa por la piedra?

¡Oh, nó! De tal rigor, el alma mía
Al Tribunal Divino pide cuenta;
¿Por qué poner ante mi vista el cielo
Si tengo que arrastrarme por la tierra?

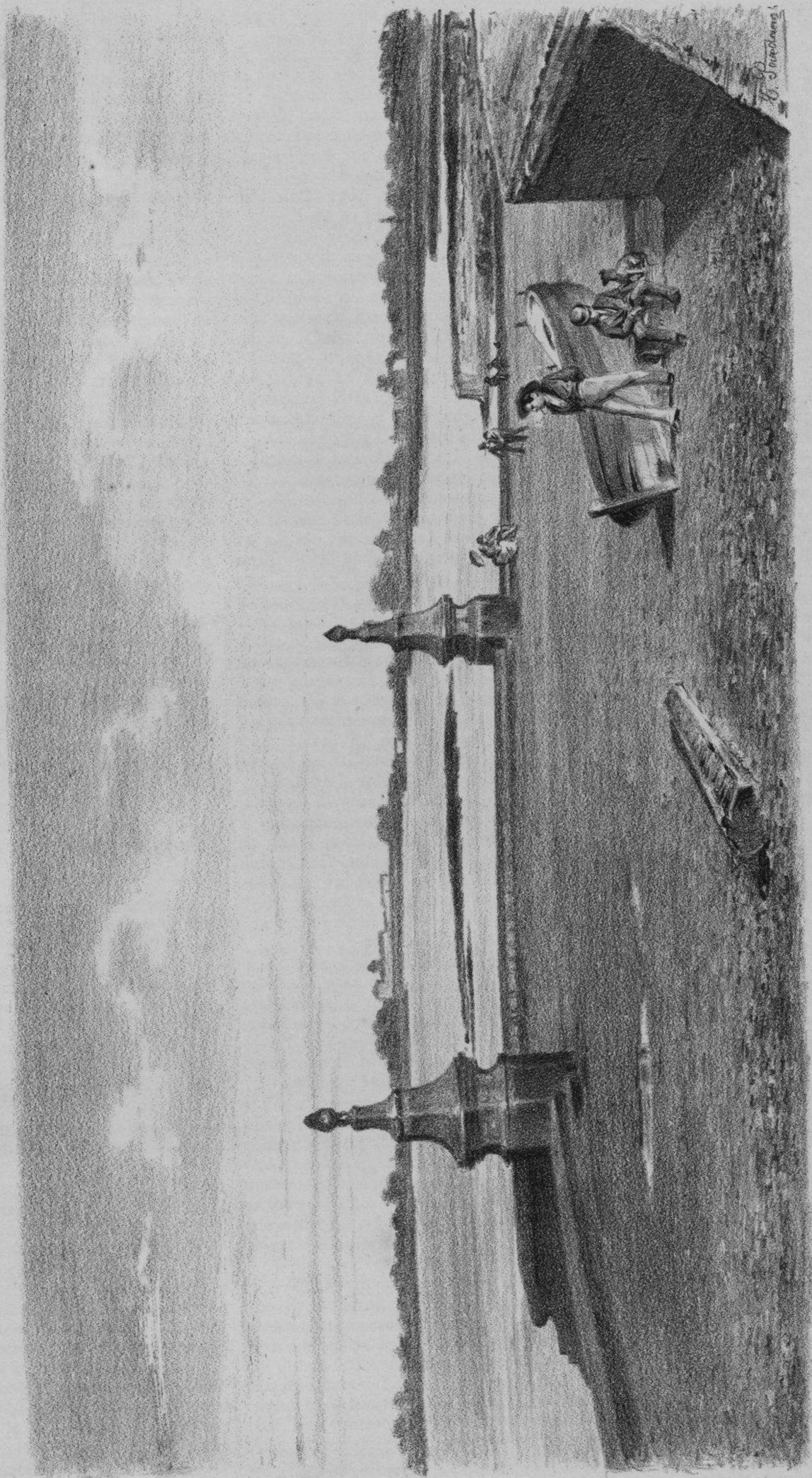
BENITO MAS Y PRAT.

EL PERIODISTA EN PROVINCIAS

En verdad te digo, lector suave, y sin que te lo jure puedes creerme, que no hay sobre la faz de la tierra sér más desgraciado que el que, con tu licencia, te presento para que con él trabes amistad y acabes por compadecerle.

Se llama *como le pusieron en la pila*. Cursó, ó no cursó, Humanidades, que esto no hace al caso; pero sí importa dejar consignado que desde sus primeros años se sintió atraído por el poderoso iman del periodismo, y que aún no le apuntaba el bozo cuando ensayaba sus fuerzas intelectuales redactando gacetillas y *suelos*, que si no vieron *la luz pública* fué porque ninguna prensa quiso parirlos, ó darlos á luz, que tanto monta. Un día, despues de haber consultado con las almohadas, al saltar de la cama al suelo, exclamó con César: «Pasaré el Rubicon,» esto es, «Seré periodista.»

Y héle pronto á subir los peldaños de la escalera por la que muchos ascendieron desde el rincon de su oscuridad hasta la presidencia del Consejo de Ministros.



«CERCANIAS DE SEVILLA.»
Dibujo del natural, por D. TOMÁS POYEDANO.

Sale de su casa, recorre las redacciones de los periódicos de la localidad en demanda de un acomodo, y, ¡oh joven afortunado! encuentra colocación.

El Director del periódico *La Velela* tuvo unas palabritas con el redactor en jefe y articulista y gacetero y cronista táurico y revisero de salones.—*La Velela* lo tenía todo en una pieza,—y lo había puesto de patitas en la calle.

Saludó el aprendiz de periodista al Director de *La Velela*, y sin devolverle éste el saludo,

—¿Qué quería usted?—le preguntó.

—Señor—contestó el futuro Presidente del Consejo de Ministros, un sí es no es turbado,—mis aficiones me traen al periodismo y desearía poner mi virgen pluma en la publicación que usted dirige.

—¡Desear es!—exclamó el Director.—Ser periodista no es un grano de anís.

—Señor Director,—se atrevió a replicar el neófito,—para mí el periodismo es punto ménos que un sacerdocio, y si yo no puedo todavía oficiar de diácono, me contentaré con ser acólito ó exorcista. Si no puedo escribir un fondo, por temor de caer en el de mi inexperiencia, acaso, acaso....

—Bástame lo que usted acaba de decir—le interrumpió el Director—para convencerme de que he topado con un hombre de provecho. Admito á usted á mi servicio, y desde luego puede usted sacar los puntos á su pluma. Usted será mi redactor, y no hay que hablar más de ello. Voy á darle instrucciones. *La Velela* es un periódico enciclopédico; así se ocupa en política como en tauromaquia, así en artes y ciencias como en agricultura y comercio. Yo quiero que mi periódico hable de todo, trate de todo, se ocupe en todo, discuta y analice todo, y, ante todo y sobre todo, sea el todo de la prensa local.

Quedóse nuestro hombre poco ménos que anonadado, ó hecho nada, oyendo á su futuro Director, y, pasados algunos instantes,

—Debo advertir á usted—dijo—que yo sólo sé de política palpante lo que leo en los periódicos de Madrid, y de política que no palpita lo que allá en mis verdes años estudié en los libros....

—Déjese usted de libros; lo que importa es que, si somos ministeriales, lo aplaudamos todo, y si de oposición, todo lo censuremos.

—¿Y si los nuestros se equivocan?

—¡Nunca se equivocan los amigos políticos!

—¿Y si aciertan los contrarios?

—¡Los contrarios yerran siempre!

—Bien está en cuanto á política. Apelaré á mis convicciones, recordaré lo que estudié en la universidad, leeré los periódicos de Madrid y diré en conciencia lo que me parezca más acertado.

—¡Alto ahí, caballero! Usted dirá lo que yo quiera que diga; usted se amoldará al criterio de *La Velela*.

—Así lo haré. La política no tiene entrañas, y sería pedirle mucho que respetase las mias. Pero, señor Director, si algo se me alcanza de política, maldito lo que se me ocurre de tauromaquia. ¿Qué podré yo decir de toros y toreros, sino que los primeros tienen cuernos y los segundos corren cuando el toro los persigue?

—¡Y se pára usted en esos pelillos! Cuando se trate de reseñar una lidia, bastará con que lo haga usted en estos ó parecidos términos: «Salió el primero, tomó tantas varas, ó le pusieron cuantas, porque yo creo que los toros maldito el gusto que tendrán en tomar, y, al fin y al cabo, todo arte tiene su jerga; le administraron tantos pares de banderillas y lo despachó Zutano ó Perengano de tantas estocadas y cuántos pinchazos, rematándolo el puntillero á la primera, ó á la vigésima segunda.»

—Así lo haré, y barajaré palabrotas, que son castellanas como yo soy obispo; y pisotearé la gramática, descoyuntando la sintaxis; y, si usted se empeña, acogotaré á la ortografía y á la prosodia; porque, según tengo entendido, todo es lícito si hay cuernos de por medio.

—Cuidará usted siempre de decir al público cuántos caballos murieron. Para esto no se necesita gran ciencia; con llevar la cuenta por los dedos se sale del paso tan airoso ó punto ménos que del suyo honroso salió Suero de Quiñones.

—Descuide usted, cuidaré de ello y me curaré de no incurrir en errores; pero otro temor me asalta, señor Director.

—¡Temeroso es usted, si los hay! Diga en buen hora.

—Pues es el caso, que maldita de Dios la cosa que sé de agricultura, y, si he de escribir revistas agrícolas, dé usted ya por cierto que cada una será sarta de disparates ó rosario de despropósitos. ¡Qué entiendo yo de las labores del campo, ni qué se me alcanza á mí de cosechas! ¡Yo, que no sé distinguir el trigo de la cebada!

—¡Otra que tal! Escrupulos de monjas son los de usted; y á fe, á fe que pronto se curará de ellos. Si no tiene usted que poner más reparos....

—Se me ocurre, también, que si de ciencia hemos de tratar, no se me va á ocurrir nada; porque mis aficiones no me han llevado á un campo que para mí está por espigar.

—No hablemos de las ciencias: ya espigaremos ese campo.

—¿Y de las letras?

—Con respecto á letras, bueno será que no olvide usted las primeras. Quiero que mi periódico tenga una sección bibliográfica y que se ocupe en la crítica de las obras dramáticas y su representación escénica. Esto es poco ménos que coser y cantar. ¿Quién no conoce á Blasco y Echegaray, á García Gutiérrez y Mariano Pina? ¿Quién no ha juzgado ya á Calvo y Arderius, á Vico y Mariano Fernandez? Poca cosa, amigo mio, poca cosa: escribir de autores y de actores lo hace cualquiera.

Animado por las palabras del señor Director, el aspirante á periodista dice:

—Cuenta usted conmigo: lo haré todo.

—Convenido y conformes. Hablemos ahora del sueldo. Todo trabajo debe tener su recompensa. *Dignus est operarius mercede sua*, que dijo el otro, y *quid plantat vineam et de fructu ejus non edit*.... Pero, francamente, amigo mio, los periódicos de provincias arrastran una vida miserable; viven poco ménos que de caridad, ¡y gracias que vivan...! ¡Si usted supiera con qué apuros sale el mio adelante! Muchos meses me cuesta el dinero. Y me preguntará usted:—¿Por qué, si le cuesta el dinero, no lo mata?—Eso debiera hacer; pero mis buenos sentimientos, la esperanza de tiempos mejores... en fin, doy á usted dos pesetas diarias porque me redacte *La Velela*.

Nuestro hombre da un paso atrás; como si dijéramos, escarba la arena con ánimos de acometer al bulto, conocido el engaño; pero se acuerda de su casa y de su casero, columbra al través de sus deseos la Presidencia del Consejo de Ministros, y, cediendo á la necesidad ó á la ambición,—las más de las veces á la necesidad,—se rinde, y exclama con labio balbuciente y voz desfallecida:

—¡Sea! ¡Vengan las dos pesetas!

Y héte á Periquillo hecho fraile. Dos pesetas no dan ni para tabaco; pero ¡qué importa! Ha ingresado en el periodismo. Sin él, ¿cuál sería la suerte de la opinión pública?

Al freir será el reir, dice el refrán; y nuestro hombre le da la razón á medias.

—Mañana me escribirá usted un fondo—dice el Director—en el que se demuestre matemáticamente que Cánovas, Castelar y Ruiz Zorrilla son compatibles con los principios y los postres de la Constitución vigente; y que el credo y el padre nuestro de los partidos embrionarios son incompatibles con los artículos de fé que informan.... que informan.... ¡vaya! que informan lo que usted quiera que informen.

—Lo escribiré.

—Para mañana necesito además un juicio crítico de la última novela que hemos recibido, y del drama representado anoche por primera vez. No se olvide usted de dedicar algunas líneas á la cuestión del día en la localidad. Vea usted, para ello, todo lo que acerca del caso se ha escrito desde hace cincuenta años hasta la fecha. Sería conveniente, también, que contestase usted á los periódicos que nos traen al retortero; no olvidándose, por supuesto, de consagrar un párrafo á la muerte de la señora de P. y otro ú otros á la boda de los Sres. de Z.

Nuestro hombre no da paz á la mano manejando la pluma; escribe cuartillas y más cuartillas, —¡Dios y él saben cómo!—y acaba por salir como el negro del sermón.

Ha escrito un artículo de fondo; pero ¡Dios nos valga por el fondo del artículo! Sus juicios críticos son juicios sumarísimos en los que se salta por todo, hasta por encima del sentido comun. La

cuestión local sale de sus manos más maltratada que el ratón de las uñas del gato. Sus polémicas con los compañeros son escarceos inocentes. Al anunciar la muerte de la Sra. de P., trueca los frenos y da la enhorabuena al inconsolable viudo y el pésame á los recién casados, Sres. de Z.; y gracias á Dios que no acabó por perder la cabeza.

Satisfecho de sí mismo está nuestro hombre: ha escrito en horas más que el Tostado, y puede descansar sobre sus laureles.

Váse á dar una vuelta por la ciudad, y los amigos que encuentra al paso le detienen diciéndole:

Un aprendiz de literato.—Mañana te enviaré á la redacción unos versos que anoche saqué de mi cabeza. Espero que los publicarás en tu periódico.

Un tratante en granos.—No se olvide usted de decir en el papel que el trigo ha subido un cuartillo.

Un cómico.—Cuento con una gaceta ¿verdad?

Un político.—Es necesario que apriete usted la mano.

Otro político.—No conviene que extreme usted la oposición al Gobierno.

Un ciego.—Diga usted que el servicio del alumbrado público es pésimo.

Un empleado.—Anuncie usted que me van á ascender.

Un cesante.—¿No podría usted pedir un destino para mí, á un cuando fuese en Indias?

Un desgraciado.—Si quisiera usted invocar la caridad pública.... Tengo seis hijos y lo que venga.

Nuestro hombre entra en un café para librarse de la turba de pretendientes que le acosan; se sienta á una mesa y piensa en su destino. Á su lado, un mozalvete lee en alta voz *La Velela* á tres ó cuatro individuos, que de vez en cuando le interrumpen con comentarios y risotadas.

Aplica el oído y—¡oh felicidad!—su periódico es objeto de la atención pública.

—¡Qué modo de desatinar!—exclama uno de la reunión.

—Por supuesto—añade otro—que á cualquier papelucho se llama hoy periódico.

—Y á cualquier zascandil, periodista—agrega un tercero.

Nuestro hombre sale del café como alma que lleva el diablo, y llega á su casa. Abre una carta que encuentra sobre su escritorio, y lee:

«Es usted un mequetrefe. Me da usted la enhorabuena desde las columnas del inmundo papel, que tiene el atrevimiento de llamarse periódico, porque he perdido á la más buena de las esposas, y estoy dispuesto á que las cenizas de aquella santa sean respetadas por todo el mundo y á que me dé usted una satisfacción cumplida y rectifique lo de la enhorabuena. Nunca seré de usted S. S., P.»

Á la mañana siguiente, apenas ha puesto el pié en la redacción,

—¡Hombre de Dios!—le dice el Director, hecho un energúmeno,—¿qué demonio de fondo me escribió usted ayer? ¿Quién había dicho á usted que el Ministerio estaba más asegurado que nunca? ¡Buena la hemos hecho!

—Pero ¿hay crisis?

—¡Qué crisis ni qué berengenas! ¡Crisis! ¡Crisis! ¡Que todo se lo han llevado los diablos! Que anoche cayó el Ministerio entero para no levantarse más....

—¿De veras?

—¡Y que hemos quedado lucidos!

—Los periódicos de Madrid, sin embargo, no daban á entender...!

—Los nuestros; pero los contrarios venían desde hace veinte años diciendo: ¡Hay crisis! ¡Hay crisis! ¡Claro! Y se salieron con la suya. Pero no hablemos del asunto, y pasemos á otra cosa. ¡Qué redacción, hombre, qué redacción! ¿Qué estilo es el de usted?

—¿Qué estilo es el mio? Pues.... diré á usted: estilo de dos pesetas.

Después de este diálogo, nuestro hombre queda cesante y *La Velela* sigue girando.

¿Y eso de ser servidor de todo el mundo y tarasca de toda procesion?

¿Y lo otro de verse obligado á crear reputaciones sin que los agraciados le den las gracias? ¿Y lo de más allá?

Lo de más allá es triste, muy triste.

Era por el mes de Diciembre del año de gracia de.... El autor de este articulo llegó á la redaccion del periódico en que escribe, gracias á Dios, con independencia y segun su leal saber y entender; preguntó por su compañero X y le respondieron:

—Anoche murió en el hospital y esta tarde le han enterrado.

Así habia sucedido. Tras una vida laboriosa, infatigable, consagrada por entero al periodismo, X murió en la cama de un hospital, solo, completamente solo, sin estrechar manos amigas ni oír palabras de cariño. Los políticos á quienes habia servido, los negociantes cuyos intereses defendió, los literatos cuyas obras dió á conocer, y tantos y tantos hombres á quienes habia dispensado beneficios sin cuento, le olvidaron; que no parece sino que la ingratitud se hizo para que mortificase al pobre y olvidado periodista.

LUIS MONTOTO.

LA COLCHA VERDE

(Continuacion.)

No siempre estuvo mi boca hundida y desdentada; estos labios descoloridos cerezas parecieron; esta tez curtida y rugosa fué tersa y tan blanca como el ampo; rubios como un oro fueron los cabellos blancuzcos que ahora cobijo con este viejo mantoncillo, y derecho como un pino y flexible como un junco este desvencijado cuerpo que hoy se inclina rígido sobre la tierra, como buscando siete palmas de fosa. Ni siempre me cubrieron harapientas telas que da grima el mirarlás; muy por lo contrario, en muy buenos pañales me criaron y, aquí donde usted me ve, no he nacido yo en las malvas: abuelos cuento de sangre tan limpia como una patena y tan azul como el mismísimo cielo. ¡Ahí es nada! Nó, si nó, vayan á preguntarle por mi abolengo á aquel viejo escudo de armas que está—¡mire usted á qué ha venido á parar el malaventurado!—tapando la desacristalada ventana de mi vivienda; que él dirá, con sus calderas y sus castillos, con su leon y con su zorra subiéndolo por un árbol, si tengo ó no tengo sangre en el ojo.

Pero ¡cuitada de mí! ¡Cómo el demonio de la vanidad me tienta á ratos todavía por el lado de la nobleza, cuando por muy pagada de la mia debiera darme con hallar quien me prestara un escudo sobre mi escudo!

Mi padre al casarse aportó por buena cuenta, para sostener las cargas del matrimonio, unas cuantas arrobos de añejos pergaminos, amén de una vieja celada y de un espadon mohoso que habian pertenecido nada ménos que á su vigésimo nono abuelo. Con tan pingüe patrimonio, claro es que se hubiera visto precisado á comer sin pan la miel de su luna de *idem*, si mi madre, plebeya hasta dejarlo de sobra, pero hija de un labrador que poseia miles de hanegadas de tierra, no hubiera llevado por via de dote una buena porcion de las mejicanas onzas que se habia dado traza de amontonar, á fuerza de economías, su plebeyísimo padre, quien tuvo á mucha honra la de llamarse suegro de un hidalgo que, si bien no podia, como *el ingenioso de la Mancha*, regalarse con duelos y quebrantos, y mucho ménos con palomino alguno de añadidura, en cambio ostentaba una prosapia tan ilustre, como que se hacia descender por línea recta de un tal Alejandro el Macedonio, personaje de quien, segun me han informado algunos años há, no hubo sucesion.

No duró mucho tiempo el desahogado bienestar de mi familia. Mi padre, hombre linajudo donde los haya y desenterrador diligentísimo de genealogías podridas de puro viejas, se creyó con derecho á reforzar uno de los cuarteles de su escudo con un bien plantado leon que ostentaba en el suyo cierto lejano pariente nuestro; el tal pariente no sólo negó que mi padre tuviese el derecho que se atribuía, sino que trató de usurparle la zorra, que constituía el mejor timbre de nuestra nobleza. Hubo pleito, se huroneó por ámbas partes en cien archivos; el rey Artus, un tal Pipino, el Cid Campeador, y otros muchos, rodaron por los autos y, por último, cuando ya mi padre habia repartido entre tios y troyanos toda la hacienda de su mujer, vino á resultar demostrado palpablemente que á él y sólo á él pertenecian en méritos de justicia la zorra y el leon objetos del litigio.

Al dia siguiente de la honrosa declaracion no hubo en mi casa qué comer, y yo, que á la sazón sólo tenía diez años y no alcanzaba á comprender toda la gloria que para nosotros implicaba tan fausto sucesor, pedia pan, llorando á lágrima viva.

Dos años despues, y con motivo de haber observado mi padre, miéntras un barbero le sangraba, que era colorada, y nó azul como él siempre habia creído y afirmado, la sangre que corria por sus venas, cayó en tal postracion y tan negra melancolia, que sólo

pudo sobrevivir dos semanas á tan cruel desengaño.

Viuda mi madre—á quien habia levantado de cascos su entronque con la nobleza—y muerto mi abuelo y padre suyo, cuya grande hacienda, por azares de los tiempos, se habia vuelto agua de cerrajas, recabó de un su primo que por lejanas tierras andaba una pension anual, modesta, sí, pero bastante á cubrir con decencia nuestras necesidades; y, teniendo por verdadero aquello de que á quien se muda Dios le ayuda, abandonó esta populosa ciudad, en que hasta entónces habíamos vivido, y se trasladó conmigo á cierto mediano villorrio—de cuyo nombre no quiero acordarme—en el que desde luégo se prometia la satisfaccion de figurar entre las familias que en tales pueblos como aquél hacen pacto mutuo de honrarse con el pomposo dictado de aristocracia.

No la engañó, á fé, su buen deseo: enseguida que abrimos nuestros salones—y cuenta que éstos pertenecian á una reducida casa por cuyo alquiler pagábamos tres reales diarios—comenzó á frecuentarlos una sociedad, si no demasiado culta y bien educada, lo bastante divertida para pasar agradablemente las largas veladas del invierno. Durante ellas, los señores formales hablaban de antiguos tiempos de prosperidad y grandeza para sus familias, todas, á la sazón, venidas á ménos, y se lamentaban de que ya sólo hacia papel lucido el oro, vil metal de que ellos tenían la dicha de carecer; las respetables mamás se enseñaban mutuamente recetas caseras contra el mal de madre, contra los ataques de nervios, contra las pulgas, contra las arrugas de la piel, contra la exagerada fecundidad, contra los maridos intolerantes, y, en suma, contra todos los dolores y plagas que afligen á la humanidad siempre doliente, ó bien, hacian cábalas y más cábalas acerca de la problemática colocacion de sus hijas; los jóvenes pasaban el rato relatando sus cacerías y encomiando la destreza de sus perros, ó, dando otro giro á sus ilustradas conversaciones, hablaban del mal precio de los granos, discutian sobre la cria del ganado de cerda, ó sobre cuál era mejor tiempo para sembrar habas, demostrando á cada paso sus profundos conocimientos en materias científicas, con la repeticion de máximas de agricultura por el estilo de la siguiente, que por acaso no he olvidado:

«El barbecho de Enero
Hace á su amo caballero;
Y si es de ántes,
Hasta con guantes.»

Mis jóvenes amigas y yo cuchicheábamos entre tanto, rebotando despecho; porque, por entretenida y chispeante que nos pareciese—que no nos lo parecia—la conversacion de aquellos guapos muchachos, nosotras hubiéramos preferido que hablasen de amores y que nos dirigiesen requiebros y proposiciones atrevidas.

Pero voy alargando mucho mi relato y, de seguir así, no llevo trazas de llegar en buen tiempo á la historia de la malvada colcha verde. Abreviando, pues, diré á usted que, un poco porque ya estaba aburrísimamente de esperar en vano que me hiciese el amor alguno de los insípidos jóvenes que frecuentaban mi casa y un mucho porque me gustó cierto muchacho, estudiante de medicina, que todos los veranos iba á descansar de sus tareas entre unos parientes que vivian frontero á nosotras, escuché con mal disimulado regocijo las escogidas frases con que, á deshora y á hurtadillas de mi madre, me confesó su cariño, y no titubeé en asegurarle que no habian caido en saco roto sus halagüeñas palabras, ni dado contra un pedernal aquellos sentimientos que yo le habia inspirado.

Enteróse mi madre de allí á poco, porque, como dice la copla,

«El dinero y el amor
No pueden estar secretos.»

y se opuso abiertamente á nuestro noviazgo, para lo cual, la verdad sea dicha, habia dos muy poderosos motivos: mi novio era extremadamente pobre; tanto que aquellos parientes suyos y vecinos nuestros le costeaban de lástima la carrera; pero áun habia algo peor: ¡mi novio no era de clase!

Hice objeciones contra la actitud tomada por mi madre.—¿Por qué aseguras,—le dije,—que ese excelente muchacho no es digno de nosotras?—Es pobre, cierto que sí; pero acaso ¿lo eres tú ménos? No es de clase, convengo en ello; mas ¿qué nobleza es la tuya? Juan Fernandez, á secas, se llamaba tu padre; María Ponce, y pare usted de contar, se llamaba tu madre y abuela mia; ¿ignoras que lo sé y que yo no me dejo engañar por el *de Córdoba* y el *de Leon* que añades respectivamente á tus apellidos? Y, en fin, tu hija es quien se ha de casar con ese amable joven, no tú; yo le quiero y no hay más que decir.

Cedió, aunque á disgusto, mi madre y comenzó para mis amores una paz octaviana; paz que duró más de dos años, pero con la cual, pasado este tiempo, dió al traste, de un modo bastante particular, la

llegada á la península y á mi casa de aquel pariente nuestro á cuya liberalidad debíamos aun lo más necesario.

Hé aquí lo que sucedió. Entre varios curiosos objetos que trajo mi buen tío de las lejanas tierras que habia visitado, figuraba en primer término una lujosa colcha de raso verde que tuvo la bondad de regalarme ántes de separarse de nosotros para reanudar sus largos viajes. ¡Tú que tal hiciste! Mi madre, á quien habian dado nuevos humos de señorío este y otros regalos,—uno de los cuales consistia en una mediana suma de dinero,—creyóse más que nunca perjudicada por mis amores con el mediquito en ciernes, y una tarde, despues de hacerme admirar detenidamente los portentosos dibujos de la chinesca colcha, me dijo con acento persuasivo:

—Tú no eres lerda, hija mia, y debes comprender que ahora es más imposible que nunca tu casamiento con ese aprendiz de matasanos á quien en mal hora conociste. Esta preciosa colcha matrimonial está pidiendo á voces una cama digna de su riqueza. ¿Podria comprártela ese chiquilicuatro, recetando lavativas y propinando jarabes...? Tu silencio me dice que nó. Pero es el caso que la cama necesita á su vez un bien preparado dormitorio, con cuarto de vestir, baño y otros anexos. Pues ¡bonito papel haria una cama tan suntuosa entre cuatro paredes desnudas y sobre un pavimento sin ricas alfombras! Ya ves que es imposible que se case contigo quien no tenga una brillante posicion. Y la verdad de mis palabras será más palpable, si consideras que mal puede estar un lujoso dormitorio en un casuco de tres al cuarto. Ha de ser una hermosa casa la en que has de vivir con el que obtenga el honor de ser tu marido. Además, ¿no te parece que sería un contrasentido que quien con tan rica colcha ha de cubrirse de noche, vista de dia un humilde traje de plebeyo percal? Sedas y brocados han de cubrirte; brillantes y perlas han de adornarte: tu hermosura y esta colcha te dan perfecto derecho á ello. Mira, pues, lógicamente demostrado que ha de ser rico, muy rico, y nó un pobreton tomapulso, quien te dé la mano de esposo.

Así se expresó mi madre, y fuerza es confesar que no habló *ad efesios*. Pensé en Ricardo (que así se llamaba mi novio), y, por la primera vez en mi vida, me pareció feo; leí algunas de sus cartas y halle *cursis* y ramplonas aquellas mismas frases que ántes encerraban para mí el *summum* de la pasion; me dió náuseas la sola idea de tener que comer con quien viniese de amputar un brazo ó de visitar á un colérico; pruebas indisputables de necesidad parecieronme las que ántes habia reputado en él por muestras inequívocas de talento y, por último, convine con mi madre en que habia correspondido al cariño de Ricardo como aquel que no sabe lo que se pesca. Y, para poner fin á los que ya llamaba mis pasados yerros, sobre la marcha escribí al pobrete una carta llena de fingido sentimentalismo, que bien podia traducirse por «ahí llevas tu pasaporte,» sacudí sobre ella los dedos mojados en agua, para acreditar de triste llanto las aspersiones, y *pax Christi*.

¿Quería yo á aquel pobre joven? Seguramente sí; pero la viciada educacion que me habian dado, segun la cual á nada debe aspirar una mujer sino á venderse en buen precio á un comprador á quien se da el nombre de marido; los reiterados consejos de mi madre y de mis amigas, todos encaminados, directa ó indirectamente, á hacerme buscar la felicidad en la riqueza; las péfidas lisonjas del espejo, que me hacian creerme bastante hermosa para enamorar á un príncipe, y, sobre todo, aquella maldita colcha, que hizo brotar los gérmenes de ambicion y de soberbia que estaban escondidos en mi alma, determinaron en mí un cambio radical en ideas y en sentimientos y pudieron más que el cariño que á Ricardo profesaba. ¡Era él tan pobre!

—Decididamente, tiene razon mi madre,—me dije.—Quien una tan rica colcha posee tiene derecho á algo más que á ser la esposa de un médico. Soy joven, soy bella, y tengo una colcha de la China: ¿qué más puedo desear? La fortuna me protege. Debo ser rica, y ¡quiero ser rica! Nada más justo.

Y sin pensar más en Ricardo, de quien en mucho tiempo no volví á saber, comencé, auxiliada por los consejos y la astucia de mi madre, á poner en juego cuantos medios podian llevarme al logro de mi única pero vehemente aspiracion.

(Se continuará.)

F. RODRIGUEZ MARIN.

SUMARIO

TEXTO.—Estudios literarios sobre Góngora y el culteranismo (continuacion), por D. Eloy Garcia Valero.—Las dos soberanas, por D.ª Antonia Diaz de Lamarque.—Noche serena, poesia, por D. Benito Mas y Prat.—El periodista en provincias, por D. Luis Montoto.—La colcha verde (continuacion), por D. F. Rodriguez Marin.

ILUSTRACIONES.—Cercanías de Sevilla.—Dibujo del natural, por D. Tomás Povedano.

SEVILLA.—Imp. y lit. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.